

José Joaquín de Mora, poeta y erudito romántico

Pocas personalidades hubo en España en la transición del neoclasicismo al romanticismo tan vigorosas y plurales como el gaditano José Joaquín de Mora. Periodista, comediógrafo, poeta, divulgador científico, lingüista, jurista, crítico literario y filósofo son facetas que se aúnan en su prodigiosa fecundidad y versatilidad. Mora es un verdadero lujo de intelectual enciclopédico y brillante. La dificultad de encontrar el voluminoso material que dejó disperso por diferentes países —la bibliografía que ofrece Luis Monguió en su *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos* consta de ciento cinco entradas— motiva el que pocos estudiosos aborden su figura. De ahí que sea tan importante la reedición de cualquiera de sus obras, como ahora hace la editorial Visor con su *Colección de sinónimos de la lengua castellana*, cuya edición príncipe es de 1855, y que fue su último libro.

Nacido el 10 de enero de 1783, estudia leyes en Granada, siguiendo la profesión paterna. Según nos informa Antonio Alcalá Galiano, en esta época de estudiante funda con otros compañeros una escuela de poesía en la capital granadina.

En la universidad de Granada regenta la cátedra de lógica, una de las materias que más le interesaron, y de la que preparó un texto para aprendizaje académico (ediciones en 1832, 1840, 1845, 1846 y 1853).

Prisionero de guerra en la de la Independencia en 1809, es enviado a Francia, donde contrae matrimonio y permanece hasta 1814. Regresa a Madrid, ejerce la abogacía y funda otra academia de literatura junto con Antonio Gil y Zárate. Pocos meses después estalla la celeberrima contienda Böhl de Faber/Mora sobre el teatro de Calderón y las teorías estéticas de Schlegel, que muchos historiadores de la literatura han señalado como punto de partida del romanticismo español. Como sobre esta cuestión se han es-

critos de tinta, es innecesario añadir algo más. Con el tiempo, Böhl de Faber hija, es decir Fernán Caballero, tendría en Mora y Hartzenbusch sus principales valedores literarios.

De su primera época, el mayor logro como periodista y literato fue la creación y dirección de la *Crónica Científica y Literaria* (1817-20), a la que seguiría en una segunda etapa *El Constitucional*, en el que compartió la redacción con Félix Mejía y Manuel Eduardo Gorostiza, ya dentro del trienio liberal. Sobre esta labor periodística y la colaboración con Gorostiza, Manuel Ortuño publicó un excelente trabajo en el número 460 de *Cuadernos Hispanoamericanos*.

En ese trienio traduce dos obras polémicas: *Consejos que dirige a las Cortes y al pueblo español Jeremías Bentham* (1820) y *Ensayo sobre las preocupaciones* (1823), del barón de Holbach, tildado este último de ateo y materialista.

En el prólogo a Bentham, Mora declara su intención regeneracionista: «Cuando España proclamó su independencia y restableció su código político no hubo un liberal ilustrado en Europa que no mirase este suceso como predecesor y anuncio de la regeneración de las naciones civilizadas.

Tan interesante perspectiva no podía ocultarse a la vista penetrante y segura del célebre Jeremías Bentham; de este defensor infatigable de la causa de la libertad, de este escritor fecundo e ingenioso, a quien debe la legislación tan nuevas y beneméritas teorías.»

La ilusión con la que Mora propagó el pensamiento de Bentham le sería agradecida por el inglés en sus *Ensayos sobre la situación política de España*.

Como ha hecho Mora una apasionada defensa del liberalismo, miembro de las sociedades Café de Malta y Fontana de Oro (Cf. Alberto Gil Novales: *Las sociedades patrióticas, 1820-1823*), con la vuelta del absolutismo fernandino tiene que emigrar a Londres como tantos otros compatriotas. Trabaja para el editor Rodolfo Ackermann; es la época más fecunda como publicista ya que se dedica exclusivamente a escribir.

En poesía, saca un libro menos considerado de lo que merece: *Meditaciones poéticas* (1826), conjunto de doce poemas de carácter ascético: «La eternidad y el espacio», «El sepulcro», «La muerte del impío», «La muerte del justo», «El valle de la muerte», «La resurrección», «El juicio»... son piezas muy considerables, y más en unos años en los que la poesía religiosa no atraviesa esplendor.

La parte principal del libro, sin embargo, la constituyen doce láminas de Guillermo Black, grabadas por Luis Schiavonetti. En este caso, se supone que son los textos los que ilustran a las láminas. En el prólogo explica el poeta: «El autor de los versos no ha hecho más que indicar los giros y el estilo que emplearon en la poesía sagrada los hombres eminentes que la cultivaron en España en el siglo XVI, aunque ha dado más latitud a

la parte filosófica que a la mística, pues ésta le parece demasiado severa y sublime para entrar en el círculo de ideas que forman el dominio de la literatura».

En la espiritualidad presente en estas *Meditaciones poéticas* ha querido ver el historiador bautista Gabino Fernández Campos un carácter protestante, a lo que se añade como circunstancia complementaria la gran amistad y mutua colaboración e influencia de Mora y Blanco White. De todas maneras, su filiación evangélica no deja de ser una conjetura. En su *Discurso* de recepción en la Real Academia Española (1848) hace un encendido elogio de su predecesor, Jaime Balmes, exponente máximo de la lucha contra el protestantismo. Entre otras cosas, pronuncia en la Academia: «Balmes no fue solamente filósofo, fue eminente controversista, y las dos armas necesarias en este campo de batalla, la lógica y la erudición, obtuvieron en sus manos una ilustre victoria contra las pretensiones del protestantismo».

Para Ackermann redacta Mora los almanaques *No me olvides* entre los años 1824 y 1827, producciones que han sido extensamente estudiadas por Vicente Lloréns en su libro *Liberales y románticos*. Para el mismo editor escribe los catecismos (fórmula bastante utilizada entonces) de gramática latina, gramática castellana, geografía y economía política, y dirige el periódico trimestral *Correo Literario y Político de Londres*.

Entre las traducciones para Rodolfo Ackermann destacan *Ivanhoe* y *El talismán*, ambas en 1825, por ser las primeras versiones completas en español de obras de Walter Scott, modelo preferido por los novelistas románticos españoles que cultivaron el género histórico desde *Los bandos de Castilla*, de Ramón López Soler.

Estando en Londres proclama la legitimidad de la independencia de las repúblicas americanas. Por otra parte, casi toda la producción de Ackermann en español cruza el Atlántico en busca del mercado americano. El nombre de Mora, pues, es conocido y apreciado. No es raro, por consiguiente, que el primer mandatario argentino Bernardino Rivadavia le pida que sea consejero suyo, encargándole, de paso, la fundación y dirección de un periódico, naturalmente oficialista, surgiendo así bajo la batuta de Mora la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*.

Según vayan cayendo los regímenes sudamericanos, irá Mora pasando de un país a otro, colaborando con los presidentes Francisco Antonio Pinto (Chile) y Andrés Santa Cruz (Bolivia). Entre la estancia de Chile y Bolivia trabaja varios años en Perú. En total, reside en América desde 1827 a 1838, año en que regresa a Londres como cónsul general de la Confederación Perú-Bolivia. Estos doce años americanos han sido minuciosamente estudiados en los libros de Miguel Luis Amunátegui (especialmente los de Chile) y Luis Monguió (especialmente los de Perú).

Además de sus cargos oficiales, en Hispanoamérica ejerce de pedagogo, fundando colegios, de abogado y de periodista. Tal vez la labor más sobresaliente sea la redacción de la Constitución chilena de 1828. Y como literato, conviene destacar la primera versión de sus *Poesías*, aparecida en su Cádiz natal el año 1836.

La mayor preocupación que tuvo en las antiguas colonias fue elevar el nivel cultural, haciéndoles ver la necesidad de una revolución social, después de haber conseguido la emancipación, de subir el nivel de vida, de luchar contra la corrupción oficial y la excesiva burocracia de las instituciones: «Se ha creído —escribía en la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*— que con establecer la representación nacional, con afianzar la seguridad de las personas y de los bienes, y con dar una latitud ilimitada a la libertad de la tribuna y de la imprenta, se había conseguido la reforma total del cuerpo político, sin echar de ver que, mientras la existencia pública se colocaba en tan eminente altura, la existencia privada se conservaba en la antigua dependencia».

De vez en cuando, algún artículo le servía también para vapulear a la España fernandina en términos parecidos a los de Blanco White. En *El Mercurio Chileno* aseguraba: «Las musas han abandonado la triste península española en compañía del saber, de la libertad y de la virtud. España, dominada por un tirano, embrutecida por la intolerancia y por el fanatismo y devorada por facciones implacables, ahuyenta de su seno a todo el que no puede ponerse al nivel de la barbarie que domina en sus fértiles regiones».

De 1838 a 1843 transcurre el segundo período londinense de Mora. En él publica la que se considera su mejor obra poética, *Leyendas españolas*, aparecida el año 1840. «Mi objeto al escribir estos poemas —dice al principio del prólogo— ha sido aplicar la versificación española a un género de narración que diste tanto de la humilde trivialidad del romance, como del altisonante entonamiento de la epopeya».

Defiende el uso del verso en consonante frente a la asonancia del romance; la métrica que usa con preferencia es el endecasílabo, aunque hay alguna excepción notable como la preciosa leyenda *El boticario de Zamora*, escrita en octosílabos.

También quiere conciliar las estéticas neoclásica y romántica; o más que conciliar, declarar su convicción de que toda literatura bien escrita es buena, perogrullada que no todos comprenden. Así dice Mora a sus lectores: «Quizás habría procedido con más acierto, y sin duda con más arreglo al gusto dominante, si (...) hubiese limitado el ejemplo de algunos poetas recientes que han consagrado sus prólogos al examen de la gran cuestión pendiente en la actualidad entre clásicos y románticos. Tengo una razón muy poderosa para abstenerme de tomar parte en esta disputa, y es que

no la entiendo. Tan incomprensible es a mis ojos el clásico que desdeña, desprecia o ridiculiza los nuevos elementos artísticos que ha introducido en la literatura de los pueblos meridionales el mayor conocimiento que han adquirido de la alemana y de la inglesa, como el romántico que trata tan irrespetuosa y hostilmente a los modelos de perfección que abundan en las filas contrarias».

Y más adelante, declara que «malas o buenas, estas *Leyendas* han sido escritas con independencia de todo espíritu de escuela y de facción».

Juan Valera, comentando el libro de Boris Tannenberg sobre poesía española, afirma que estas *Leyendas* introducen en España el romanticismo inglés en la poesía narrativa.

Puesto que hoy siguen apreciando las leyendas del romanticismo (Rivas, Espronceda, Zorrilla...), sería deseable la reedición de este conjunto de veinte primorosas piezas. Desde luego, no desmerecen de las de otros autores.

A poco de su regreso a Cádiz se hace cargo de la dirección del colegio de San Felipe Neri, uno de los más prestigiosos centros de enseñanza de España, que también dirigieron Alberto Lista y Antonio Alcalá Galiano. Por sus aulas acababa de pasar un alumno llamado Ángel María Dacarrete, que muy pronto iba a mostrar su gran talento de escritor.

Por esos mismos meses publica *De la libertad del comercio*, que, teniendo en cuenta la fecha (1843), es casi una novedad en España. De paso, demuestra Mora que puede escribir de los temas más diversos y generalmente con una sólida base de conocimientos.

Amigo y admirador de Lista, recopila una serie de artículos que el maestro había publicado en la prensa de Cádiz; escribe el prólogo y consigue que unos editores sevillanos se interesen por la obra. En esas páginas previas de *Ensayos literarios y críticos* (1844) Mora persiste en su visión pesimista de la literatura española: «Las letras humanas han llegado a tal abatimiento en nuestro malaventurado país; tan estragado se halla el gusto público; tan erróneas son las ideas que dominan en materia de mérito literario, y en tanta degeneración ha venido a parar el arte de escribir en prosa y en verso, que no es dable calcular adónde nos llevará esta decadencia».

No obstante su corta duración, una de las publicaciones más interesantes de aquel momento es la *Revista Hispanoamericana*, dirigida por Pedro Madrazo y José Joaquín de Mora. Consta de sólo seis números, de 64 páginas cada uno, que salen del 1 de julio al 15 de setiembre de 1848.

Para la historia de la literatura española hay un trabajo importantísimo del marqués de Pidal, en el que descubre la autoría del *Diálogo de la lengua*, publicado anónimamente por Gregorio Mayáns hacía más de un siglo (1737). Gracias al esfuerzo de Pedro José Pidal se descubrió que fue Juan

de Valdés quien compuso la obra. En 1860 Luis de Usoz sacaría, ya con nombre de autor, otra edición del libro.

Publican poemas Alberto Lista, Ángel María Dacarrete (uno de sus primeros escritos), Pedro Madrazo, Eugenio de Ochoa, Heriberto García de Quedo (que, a pesar del título de la revista, es el único hispanoamericano) y el propio Mora. Entre las traducciones en verso, el conde de Cheste (que cimentó su prestigio traduciendo a Dante y a Tasso) ofrece dos cantos de la *Jerusalén libertada*, y José Amador de los Ríos el salmo XVIII de las Escrituras.

José María Quadrado, además de trabajos de tema religioso, evoca las figuras de los recién fallecidos Jaime Balmes y Pablo Piferrer. Y Mora, aparte de poemas, escribe sobre filosofía. La presencia extranjera está representada por la novela corta de Pushkin *El turbión de nieve*. Y más textos, que no es el caso comentar todo el índice. Una revista de gran altura.

La vacante que en la Real Academia Española produce la desaparición de Balmes la cubre Mora. El discurso de recepción leído en diciembre de 1848 versa sobre el neologismo, contra el que arremete con toda la fuerza de su pluma, argumentando que el idioma español tiene «un caudal suficiente para satisfacer cuantas exigencias han traído consigo los adelantos del saber en todas sus ramificaciones». Por parte de la Academia, le contestó Antonio Gil y Zárate.

Decisiva fue la intervención de Mora en el nacimiento literario de Fernán Caballero, según se aprecia en las cartas que Theodor Heinermann publicó de Cecilia Böhl de Faber a Juan Eugenio Hartzenbusch. Mora consiguió que *La gaviota* entrara en el folletín de *El Heraldo* (1848. 1.^a edición separada en 1856), e incluso la tradujo al español, pues Fernán Caballero la había escrito en francés.

En 1853 sale la última edición de las *Poesías* de Mora y dos años después el libro que cierra la laboriosa trayectoria del sabio gaditano, la *Colección de sinónimos de la lengua castellana*, impresa bajo los auspicios de la Real Academia Española, y prologada con su habitual acierto por Hartzenbusch. Digno remate de una larga vida dedicada a casi todos los ramos del conocimiento.

Pasa otra temporada en Londres como cónsul español y vierte su magisterio en diversos periódicos hasta su muerte, el 3 de octubre de 1864.

Eugenio Cobo